

¡Le sentenciaba a muerte, cuando él le acababa de perdonar por cuarta vez la vida!

Núñez, después de haber hablado en secreto con él que le había servido de guía, añadió en alta voz:

—Le he dicho a usted lo que debe hacer; pero al mismo tiempo le ordeno que al menor movimiento que haga, a la más insignificante señal que indique que trata de huir, dispare usted sobre él las pistolas.

—Así lo haré, señor amo.

—Lo veremos —dijo para sí Duval—; las balas de plomo bederán, estoy seguro de ello, a las de oro con que pienso combatir.

Núñez, impaciente por desempeñar pronto su comisión y volver en el instante a México para preguntarle al padre Enrique por la hechicera Adela, tomó una de las hachas, y preguntó a Duval:

—¿Cuál es la señal para que abran la tapa del subterráneo?

El amigo del doctor, no queriendo hacer público el secreto, se acercó a su vencedor, y le dijo en voz baja lo que deseaba.

El joven artista se despidió, y se dirigió hacia el salón de los «órganos».

Duval le miró alejarse sin apartar de él la vista.

El vigilante custodio, con la pistola preparada, estaba pendiente hasta de los más leves movimientos del personaje encomendado a su cuidado.

Este, al ver desaparecer entre las estalagmitas al que le había vencido y perdonado, se propuso poner en planta el proyecto de ganar con oro a su centinela.

—Muy poco —le dijo— debe producir el servir de guía a los que de tarde en tarde vienen a visitar esta Caverna.

—Casi nada, señor. Como que se pasa mucho tiempo para que venga algún viajero.

—Pues entonces, ¿de qué vive usted?

—Soy albañil, señor amo; y suelo hacer algunas obras muy ligeras en mi pueblo.

—¿Y tiene usted familia?

—Sí, señor amo; tengo a mi mujer y cuatro hijos.

—¿Y no aspira usted a que sean felices, a que no vivan en la miseria, a que sean ricos?

—¡Ay, señor amo!, ricos no pueden ser los que no encuentran protección.

—¿Es decir, que usted quisiera encontrar alguno que le diese la mano?

—¡Ojalá, señor amo! Pero ¿quién me había de querer favorecer a mí?

—Yo, por ejemplo.

—¡Su merced!

—¿Y por qué no? ¿Quiere usted ser rico?

—¿Cómo?

Duval, que vió despierta la ambición de riquezas en el hombre encargado de su custodia, concibió las más lisonjeras esperanzas de atraerle a su servicio, y le expuso hábilmente lo que deseaba.

El humilde albañil escuchó asombrado las halagüeñas posiciones que le abrían las puertas de la abundancia y quedó reflexionando un momento.

—Ayúdeme ahora —pensaba para sí Duval— a triunfar de mi temible adversario, que después fácilmente podré yo deshacerme de él.

Entre tanto, Núñez había llegado a la tapa que cubría el subterráneo.

Ejecutó lo que Duval le indicó era preciso hacer para penetrar en él.

Poco después la estalagmita se levantaba y daba paso al joven artista, que por una escalera de caracol descendía a otra caverna artificial, bien ajeno de pensar que su vencido y perdonado amigo proyectaba su muerte.

La tapa del subterráneo volvió a cerrarse.

¿Qué sucedió después?

CAPITULO XVIII

Tras el pesar la alegría

Estamos en una sala decentemente amueblada; un elegante piano inglés de cola, ocupa uno de los costados; finísimas sillas, elegantes sofás, un espejo de cuerpo entero y varios cuadros de gran mérito, forman el adorno.

Junto al espejo, y encima de la mesa en que descansa éste, se ve un quinqué de graciosa hechura, cuya clara luz ilumina la pieza.

Un joven de arrogante presencia y vestido con elegancia y gusto, acaba de ponerse los guantes blancos de cabritilla, y se dirige a una mesa para coger el fino antejo de teatro que ha dejado sobre ella.

En la fisonomía simpática de este joven se ven impresas la alegría y la felicidad.

Una venerable anciana, sentada en el sofá, le contempla con maternal satisfacción y en su rostro, donde se reflejan la pureza y la sensibilidad del alma, se deja ver una dulce sonrisa de placer.

—¿Estás contento ahora, querido Leopoldo?

—¿Y cómo no he de estarlo, madre mía, cuando Dios se ha dignado enviarme todas las felicidades apetecidas? ¿No ha quedado ya limpio de toda mancha el buen nombre de mi honrado padre? ¿No se encuentra ya casi restablecida la hermosa Clotilde, con quien debo unirme al fin, después de tantos padecimientos, sustos y contrariedades? ¿No nos van a ser devueltos por don Manuel, aunque yo me he opuesto a ello, los treinta mil pesos, de que mi buen padre se desprendió para que su pobreza hiciese comprender que no era él quien había cobrado las libranzas que falsificó un malvado?

—Sí; todo se presenta favorable, y yo me alegro por ti, hijo mío, porque así no te veré triste y abatido pasar las noches en continua vela, padeciendo sin cesar como has vivido hasta aquí.

—Sí, Dios quiso que el último sobresalto recibido, al ser conducido a casa de don Emilio, por don Manuel, fuese compensado con inapreciables bienes.

—Aquel momento debió ser terrible.

—Espantoso, madre mía. Cuando la criada, al tiempo de presentarnos, se dejó ver en la puerta de la alcoba de Clotilde, llamando afligida al señor Landeta, y dijo que tal vez había expirado, yo quedé sin respiración, frío mortal. Por fortuna aquel estado de dolor duró poco, porque presentándose de nuevo en la sala don Emilio, y corriendo hacia mí revelando en su rostro la alegría que sentía su corazón, me dijo: «Entre usted, entre usted: vive; espera a usted, y su presencia le volverá la salud.» Estas palabras me volvieron la tranquilidad, y henchido de placer y de amoroso anhelo, penetré en la alcoba de la hermosa mujer que me esperaba dulce y risueña, como un ángel que se detiene a las puertas de la eternidad para recorrer de nuevo, con la persona amada, los floríferos vergeles de la vida.

—Sí; tu presencia le debió ser tan grata como repugnante la de Willey, que trataba de alejarla de tu lado, asegurando que en Europa recobraría la salud.

—Sí; la vista de ese hombre que se presentó en la alcoba, en un momento en que Clotilde con más anhelo me esperaba, la sobresaltó de una manera terrible, heló la san-

gre de sus venas, y falta de respiración, quedó desmayada.

—Desmayo que temieron fuese la muerte.

—¡Ah!, sí; pero por fortuna volvió pronto en su conocimiento, me vió a su lado, tierno y cuidadoso, y sonriendo de placer al mirarme junto a ella, su corazón se ensanchó, su pecho respiró con libertad, y el llanto de placer que vertieron sus ojos fué el dulce bálsamo que mitigó su dolor.

—Sí; ese llanto y tu presencia ejercieron más poder en ella que lo que hubiera ejercido la medicina que le acababa de recetar el doctor.

—Las medicinas se prescribieron por mi consejo, desde aquel instante, y aun la que le había preparado Willey, y que no la tomó por haberse desmayado, la arrojé yo mismo, como innecesaria, puesto que su enfermedad no reconocía otro origen que su amor, hasta entonces contrariado.

—¿Y vió el doctor que la arrojaste?

—Por fortuna, se había marchado después de disponerla, ordenando que se le diese después de su desmayo, y así no vió él la poca fe que yo tenía en ella.

—Me alegro que no haya presenciado el desaire que hacías a su ciencia, porque de lo contrario podría creerse ofendido.

—Todo lo contrario: el doctor cree que Clotilde tomó la medicina, porque así se lo hemos hecho creer, y tal vez se imagina que a los efectos de ella, se debe la casi resurrección de la enferma.

—Ese fué un paso muy político.

—Sí; se trató de no herir en lo más mínimo la susceptibilidad del facultativo, y para manifestarle que se hacía el debido aprecio de su ciencia, se le dejó que siguiese recetando, aunque sin dar a la enferma ni una sola de las cosas ordenadas, puesto que veíamos a la hermosa Clotilde restablecida sin necesidad de darle a tomar ninguno de los remedios confeccionados en las boticas.

—¿Y nada de eso ha llegado a saber Willey?

—Absolutamente nada: así es que su amistad con don Emilio no ha encontrado motivo para entibiarse, y sigue frecuentando la casa como lo tenía de costumbre, aunque ya no receta desde que la enferma se ha dado de alta.

—¡Oh!, ha sido, en efecto, una resurrección la de Clotilde.

—Ya ve usted, madre mía —dijo sonriendo Leopoldo— si soy un excelente doctor en medicina, puesto que con sólo mi presencia, alivio y curo a los desahuciados.

—En tu medicina tenía yo más fe que en todas las otras.

—Y ha sido tan eficaz, que voy a tener la dicha esta noche de acompañar al teatro a Clotilde, que sale por primera vez a presenciar un espectáculo público.

—La sola idea de que vas a pasar uno de los instantes más felices de la vida, me inunda el alma de placer.

—Usted no ha tenido la bondad de querer acompañarnos.

—Por ahora no, hijo mío.

—Manifestaban Inés, Clotilde y don Emilio tanto anhelo porque nos acompañase usted...

—Yo les agradezco mucho su atención, hijo mío; pero será otra noche; cuando esté de vuelta tu excelente amigo Núñez.

—A quien tengo que reprender cuando venga, porque no me ha escrito desde que se fué, y creo que ya es tiempo de que haya llegado a la gruta de Cacahuamilpa.

—No habrá tenido tal vez oportunidad.

—No le disculpe usted, madre mía, cuando sabe el cuidado con que quedé, pues conozco la gruta, y sé que el descuido de no llevar un buen guía y las suficientes hachas, es suficiente para que no se acierte a salir de ella.

—Pero Núñez tendrá guía y provisión de hachones.

—Como es un temerario, temo muchas veces que se haya resuelto a penetrar solo.

—No lo creas; Núñez, aunque de un valor extraordinario, no es imprudente.

—Pero es lo cierto que no ha escrito, y que en vez de tener consuelo de recibir noticias tuyas, cuento el sentimiento de que haya llegado hoy el señor Duval.

—¿Está ya aquí?

—Sí; llegó esta tarde, y también nos acompaña al teatro.

—Eso poco debe importarte ya, puesto que está resuelto que Clotilde sea tuya, y él ha renunciado a su mano.

—Sin embargo...

—¿Y a dónde se fué?

—Lo ignoro; porque no tuve la curiosidad de preguntárselo a don Emilio. Ya usted ve, pues, si compensa la llegada de mi antiguo rival la falta de cartas de mi mejor amigo.

—Cierto que no. Pero van a dar las ocho, hijo mío, y te esperan.

—¡Ah!, sí; me es tan grata la conversación de usted, y

estoy siempre tan atento a su lado, madre mía, que se me ha pasado el tiempo en un instante.

—¡Gracias, Leopoldo!

—¡Adiós, madre mía!

—¡Adiós! ¡que te diviertas y consagres un recuerdo a esta pobre anciana!

—No uno, sino mil, madre mía—dijo Leopoldo estrechando entre sus brazos a la amorosa anciana, con toda la fusión del amor filial—. ¡Sí, mil!, porque usted, madre mía, es para mí el tesoro de más valía que existe en la tierra..., el sér más amoroso y tierno de mi corazón...; sér, cuyo amor no puede suplir otro amor del mundo..., ni aun el de la mujer misma que idolatramos...

—¡Gracias, Leopoldo, gracias! —dijo la anciana profundamente conmovida—. Tus sentimientos son dignos y elevados, y Dios por eso los ha premiado, como premia el más generoso de los padres el acendrado amor de los hijos.

Y la anciana imprimió un beso en la frente de Leopoldo, que salió enviándole una mirada de cariño.

Aquella venturosa madre quedó bendiciendo a Dios, porque le había dado un hijo agradecido y amoroso, mientras éste, pensando en ella, acusando de ingrato a Núñez, y sintiendo encontrarse con Duval, se dirigió a la casa de Clotilde.

¡Acusaba a Núñez porque no le había escrito!

El lector ha visto a Núñez descender en la gruta de Cacahuamilpa, a un subterráneo, mientras Duval concibió la esperanza de dejarle allí sepultado, ganando con oro al mozo que le custodiaba.

¿Consiguió su inicuo objeto?

¿Quedó encerrado allí para siempre el generoso Núñez, que le había perdonado la vida?

CAPITULO XIX

Un momento de error

De rodillas, afligida, y en el más profundo recogimiento religioso, se ve a una hermosa mujer orando ante una preciosa imagen de la Madre de Dios, en el momento augusto de su soledad.

Un traje humilde y negro envuelve las gallardas formas de su cuerpo esbelto; en su sereno rostro, dulce y melancólico,